

que los brindaban espaciosas y cultivadas comarcas, sentíanse á la vez acosados de grandes necesidades, y estimulados vivamente por la presencia y cercanía de la presa; y como que no veían otro dique que las flacas legiones de una civilización muelle y caduca, sintiéndose ellos robustos de cuerpo, esforzados y briosos de ánimo, y alentados por su misma muchedumbre, despegábanse fácilmente de su país natal, desenvolvíase en su pecho el espíritu emprendedor, y se precipitaban impetuosos sobre el imperio, como un torrente que se despeña de un alto risco inundando las llanuras vecinas.

“Por imperfecto que fuera su estado social, por groseros que fueran los lazos de que estaba formado, bastábase sin embargo á ellos en su país natal, y en sus costumbres primitivas; y si los bárbaros hubiesen permanecido en sus bosques, habria continuado aquella forma de gobierno, llenando á su modo su objeto, como nacida que era de la misma necesidad, adaptada á las circunstancias, arraigada con el hábito, sancionada por la antigüedad, y enlazada con todo linaje de tradiciones y recuerdos.

“Pero eran sobrado débiles estos lazos sociales, para que pudieran ser trasladados sin quebrantarse; y aquellas formas de gobierno eran como se echa de ver, tan acomodadas al estado de barbarie, y por consiguiente tan circunscritas y limitadas, que mal podían aplicarse á la nueva situación en que casi de repente se encontraron aquellos pueblos.

“Figuraos, ahora, á los bravos hijos de las selvas arrojados sobre el mediodía, como un león sobre su presa, precedidos de sus feroces caudillos, seguidos del enjambre de sus mugeres é hijos, llevando consigo sus rebaños y sus groseros arreos, destrozando de paso numerosas legiones, saltando trincheras, salvando fosos, escalando baluartes y murallas, talando campiñas, arrasando bosques, incendiando populosas ciudades, arrastrando grandes pelotones de esclavos recogidos en el camino, arrollando cuanto se les opone, y llevando delante de sí, numerosas bandadas de fugitivos, corriendo pavorosas y azoradas por escapar del hierro y del fuego; figuráoslos un momento despues, engreidos con la victoria, ufanos con tantos despojos, encrudecidos con tantos combates, incendios, saqueos y matanzas; trasladados como por encanto á un nuevo clima, bajo otro cielo, nadando en la abundancia, en los placeres, en nuevos goces de todas clases; con una

confusa mezcla de idolatría y de cristianismo, de mentira y de verdad, muertos en los combates los principales caudillos, confundidas con el desorden las familias, mezcladas las razas, alterados y perdidos los antiguos hábitos y costumbres, y desparramados por fin los pueblos en países inmensos, en medio de otros pueblos de diversas lenguas, de otras ideas, de distintos usos y costumbres; figuraos, si podeis, ese desorden, esa confusión, ese caos; y decidme si no veis quebrantados, hechos mil trozos todos los lazos que formaban la sociedad de esos pueblos, y si no veis desaparecer de repente la sociedad civilizada con la sociedad bárbara, aniquilarse todo lo antiguo, antes que pudiera reemplazarlo nada nuevo.

“Y entonces, si fijais vuestra vista sobre el adusto hijo del águila, al sentir que se relajan de repente todos los vínculos que le unian con su sociedad, que se quebrantan todas las trabas que contenian su fiereza, al encontrarse solo, aislado, en posición tan nueva, tan singular y extraordinaria, conservando un oscuro recuerdo de su país, sin haberse aficionado todavía al recién ocupado, sin respeto á una ley, sin temor á un hombre, sin apego á una costumbre, ¿no le véis arrastrado de su impetuosa ferocidad arrojarle sin freno á donde quiera que le conducen sus hábitos de violencia, de vagancia, de pillage y matanzas; y confiado siempre en su nervudo brazo, en su planta ligera, guiado por las inspiraciones de un corazón lleno de brío y de fuego, y por una fantasía exaltada con la vista de tantos, tan nuevos y variados países, por los azares de tantos viajes y combates, no le véis acometer temerario todas las empresas, rechazar toda sujeción, sacudir todo freno, y saborearse en los peligros de nuevas luchas y aventuras? ¿Y no encontráis aquí el misterioso individualismo, el sentimiento de independencia personal, con toda su realidad filosófica, y con toda su verdad histórica?

“Este individualismo brutal, este feroz sentimiento de independencia, que ni podía conciliarse con el bienestar del individuo, ni con su verdadera dignidad; que entrañando un principio de guerra eterna y de vida errante, debia acarrear necesariamente la degradación del hombre, y la completa disolución de la sociedad, tan lejos estaba de encerrar un germen de civilización, que antes bien era lo más á propósito para conducir la Europa al estado salvaje; ahogando en su misma cuna toda sociedad,

desbaratando todas las tentativas encaminadas á organizarla, y acabando de aniquilar cuantos restos hubiesen quedado de la civilizacion antigua."

Las reflexiones que se acaban de presentar, serán mas ó menos fundadas, mas ó menos felices; pero al menos no adolecen de la inconcebible incoherencia, por no decir contradiccion, de hermanar la barbarie y la brutalidad, con la civilizacion y la cultura; por lo menos no se llama principio descollante, fecundó en la civilizacion europea, á lo mismo que un poco mas allá se señala como uno de los obstáculos mas poderosos que salian al paso á las tentativas de organizacion social. Como en este punto coincide M. Guizot con la opinion que acabo de manifestar, y hace resaltar notablemente la incoherencia de su doctrina, el lector no llevará á mal que se lo haga oír de su propia boca: "Es claro, que si los hombres carecen de ideas que se estiendan mas allá de su propia existencia, si su horizonte intelectual no alcanza mas allá del individualismo, si se dejan arrastrar por la fuerza de sus pasiones é intereses; si no poseen un cierto número de nociones y de sentimientos comunes, que sirvan como de lazo entre todos los asociados; es claro, digo, que será imposible entre ellos toda idea de sociedad, que cada individuo será en la sociedad á que pertenezca, un principio de trastorno y de disolucion.

"Donde quiera que domine casi absolutamente el individualismo, donde quiera que el hombre no se considere mas que á sí propio, que sus ideas no se estiendan mas allá de sí mismo, no obedezca mas que á su pasion; la sociedad (hablo de una sociedad un poco dilatada y permanente) llega á ser poco menos que imposible. Tal era en el tiempo de que hablamos, el estado moral de los conquistadores de Europa. Hice ya notar en la última reunion que debiamos á los germanos, el sentimiento enérgico de la libertad particular y del individualismo humano. Pues bien; cuando el hombre se halla en un estado de extrema rusticidad y de ignorancia, entonces ese sentimiento es el egoismo con toda su brutalidad, con toda su insociabilidad; y en ese estado se encontraba entre los germanos desde el siglo quinto hasta el octavo. Sin hallarse acostumbrados á mas que á cuidar de su propio interés, á satisfacer sus pasiones, á dar cumplimiento á su voluntad; ¿cómo habrian podido acomodarse á un estado un poco organizado? Habíase intentado varias veces hacerlos entrar

en él, ellos mismos lo deseaban; mas burlaban siempre esos deseos, y hacian inútil toda tentativa, la brutalidad, la ignorancia, la imprevision. A cada instante se vé levantarse un embrión de sociedad, y á cada instante se ve esa misma sociedad desmembrarse, arruinarse, por faltar en los hombres ideas morales y comunes, elementos tan necesarios é indispensables.

"Tales eran, señores, las dos verdaderas causas que prolongaron el estado de la barbarie: mientras existieron, ella tambien duró." (*Historia general de la civilizacion europea. Leccion III.*)

A M. Guizot, sucedióle con su *individualismo* lo que suele acontecer á los grandes talentos; un fenómeno singular los hiere vivamente, inspírales un ardiente deseo de averiguar la causa, y tropiezan á menudo, caen en error, arrastrados por una secreta inclinacion á señalar un origen nuevo, inesperado, sorprendente. Para estraviarle, mediaba todavía otra causa. En su mirada vasta y penetrante sobre la civilizacion europea, en el cotejo que de ella hizo con las mas famosas civilizaciones antiguas, descubrió una diferencia muy notable entre el individuo de la primera, y el individuo de las otras; vió, sintió en el hombre europeo algo de mas noble, de mas independiente que no hallaba ni en el griego ni en el romano; era menester señalar el origen de esta diferencia, y no era poco trabajosa la tarea para la posicion en que se encontraba el historiador filósofo. Ya al echar una ojeada sobre los varios elementos de la civilizacion europea, se le habia presentado la Iglesia como uno de los mas poderosos, como uno de los mas influyentes en la organizacion social, y en el impulso que hizo marchar el mundo hácia un porvenir grande y venturoso; ya lo habia reconocido espresamente así, y tributado un testimonio á la verdad, con aquellos rasgos magníficos que trazar sabe su elocuente pluma; ¿y queríase ahora que para esplicar el fenómeno que llamaba su atencion, recurriese tambien al cristianismo, á la Iglesia? Eso hubiera sido dejarla sola en la grande obra de la civilizacion, y M. Guizot á toda costa queria señalarle coadjutores; por esta causa fija sus miradas sobre las hordas bárbaras; y en la frente adusta, en la fisonomía feroz, en el mirar inquieto y fulminante del hijo de las selvas, pretende descubrir el tipo, algo tosco sí, pero no menos verdadero, de la noble independencia, de la elevacion y dignidad, que lleva rasgueadas en su frente el individuo europeo.

Aclarada ya la naturaleza del misterioso individualismo de los germanos, y demostrado tambien que lejos de ser un elemento de civilizacion, lo era de desórden y barbarie, falta ahora examinar, cuál es la diferencia que media entre la civilizacion europea y las demas, con respecto al sentimiento de dignidad é independencia que anima al individuo; falta determinar á punto fijo, cuáles son las modificaciones que en Europa ha tomado un sentimiento, el cual, como vimos ya, mirado en sí, es comun á todos los hombres.

En primer lugar, carece de fundamento lo que afirma M. Guizot, que el *sentimiento de independencia personal, ese anhelo de libertad que agita los corazones sin otro fin ni objeto que el de complacerse, fuese característico de los bárbaros, y desconocido entre los romanos*. Claro es que al entablarse semejante comparacion, no puede entenderse del sentimiento en su estado de bravura y ferocidad; pues que esto equivaldria á decirnos, que los pueblos civilizados no podian tener el carácter distintivo de la barbarie; pero si le despojamos de esta circunstancia, hallábase, y muy vivo, no solo entre los romanos, sino tambien entre los pueblos mas famosos de la antigüedad.

“Cuando en las civilizaciones antiguas (dice M. Guizot) hace algun papel la libertad, debe entenderse de la libertad política, de la libertad del ciudadano; ésta era la que le movia, la que le entusiasmaba, no su libertad personal; pertenecia á una asociacion, y por una asociacion estaba pronto á sacrificarse.” Sin que sea menester negar que habia ese espíritu de consagrarse á una asociacion, y con algunas particularidades notables, que mas abajo me propongo explicar, puede afirmarse, no obstante, que el deseo de *la libertad personal, con el solo fin y objeto de complacerse*, quizás era entre ellos mas vivo que entre nosotros; sino ¿qué buscaban los fenicios, los griegos isleños y asiáticos, y los cartagineses, cuando emprendian sus navegaciones, que para el atraso de aquellos tiempos, eran tan osadas y peligrosas como las de nuestros mas intrépidos marinos? ¿Era acaso por *sacrificarse á una asociacion* cuando solo ansiaban descubrir nuevas playas donde pudiesen amontonar plata y oro, y todo linage de preciosidades? ¿No los guiaba el anhelo de adquirir, de *complacerse*? ¿Dónde está la asociacion? ¿dónde se la divisa? ¿vemos acaso otra cosa que el individuo con sus pasiones, con sus gustos, con su afan de

satisfacerlos? Y los griegos, esos griegos tan muelles, tan voluptuosos, tan sedientos de placer. ¿no tenian vivísimo el sentimiento de su *libertad personal*, de poder vivir con amplia libertad, con el *solo fin y objeto de complacerse*? ¿Sus poetas cantando el nectar y los amores, sus libres cortesanas recibiendo los obsequios de los hombres mas famosos, y haciendo olvidar á los sabios la mesura y gravedad filosóficas, y el pueblo celebrando sus fiestas en medio de la disolucion mas espantosa, ¿era todo esto un sacrificio que se hacia en las aras de la asociacion? ¿Tampoco habia aquí el individualismo, el afan de *complacerse*?

Por lo que toca á los romanos, si se hablase de lo que se llama bellos tiempos de la república, no fuera quizás tan fácil ofrecer pruebas de lo que estamos manifestando; pero cabalmente se trata de los romanos del imperio, de los romanos que vivian en la época de la irrupcion de los bárbaros: de esos romanos tan sedientos de *complacerse*, y tan devorados de esa fiebre de que tan negros cuadros nos conserva la historia. Sus soberbios palacios, sus magníficas quintas, sus regalados baños, sus espléndidos cenáculos, sus mesas opíparas, sus lujosos trages, su disipacion voluptuosa, ¿no muestran acaso al individuo, que sin pensar en la asociacion á que pertenece, trata tan solo de lisonjear sus pasiones y caprichos, viviendo con la mayor comodidad, regalo y esplendor posibles, que no cuida de otra cosa que de solazarse con sus amigos, de mecerse blandamente en los brazos del placer, de satisfacer todos sus caprichos, de saciar todas sus pasiones, que todo lo ha olvidado, que en nada piensa, sino en que tiene un corazon que ansia por complacerse y gozar?

No es fácil tampoco atinar por qué M. Guizot atribuye exclusivamente á los bárbaros *el placer de sentirse hombre, el sentimiento de su personalidad, de la espontaneidad humana en su libre desarrollo*. ¿Y podremos creer que de tales sentimientos carecian los vencedores de Marathon y de Platea, los pueblos que tantos monumentos nos han legado que immortalizan sus nombres? Cuando en las bellas artes, en las ciencias, en la oratoria, en la poesía, brillaban por do quiera hermosísimos rasgos de genio, ¿no existia el *placer de sentirse hombre*, no se tenia *el sentimiento y poder del libre desarrollo en todas las facultades*? Y en una sociedad donde tan apasionadamente se amaba la gloria, como sucedia entre los romanos, que puede presentarnos hombres como Ciceron y

Virgilio, en una sociedad donde pudieron escribirse las valientes plumadas de Tácito; esas plumadas que á la distancia de diez y nueve siglos hacen retremblar todavía los corazones generosos: ¿allí no habia el *placer de sentirse hombre, no habia el orgullo de comprender su dignidad, no habia el sentimiento de la espontaneidad humana en su libre desarrollo?* ¿Cómo es posible concebir que en esta parte se aventajasen los bárbaros del Norte á los griegos y romanos?

¿A qué semejantes paradojas? ¿A qué semejante trastorno y confusion de ideas? ¿Qué valen las palabras, por brillantes que sean, cuando nada significan? ¿Qué valen las observaciones por delicadas que parezcan, cuando el entendimiento á la primera ojeada descubre en ellas la inexactitud y la vaguedad, y examinándolas á fondo las encuentra llenas de incoherencias y de absurdos?

CAPITULO XXII.

Si profundizamos la cuestion que se agita, si no nos dejamos llevar hasta el error y la estravagancia por la manía de pasar plaza de pensadores profundos, y de observadores muy delicados, si hacemos uso de una recta y templada filosofía, fundada en los hechos que nos suministra la historia, echaremos de ver que la diferencia capital entre nuestra civilizacion y las antiguas con respecto al individuo, consistia en que el *hombre como hombre*, no era estimado en lo que vale. No faltaban ni el *sentimiento de independencia personal*, ni el anhelo de *complacerse y gozar*, ni *cierto orgullo de sentirse hombre*: el defecto no estaba en el corazon sino en la cabeza. Lo que faltaba, sí, era la comprension de toda la dignidad del hombre, era el alto concepto que de nosotros mismos nos ha dado el Cristianismo, al paso que con admirable sabiduría nos ha manifestado tambien nuestras flaquezas; lo que faltaba, sí, á las sociedades antiguas, lo que ha faltado y faltará á todas en las que no reine el Cristianismo, era ese respeto, esa consideracion de que entre nosotros está rodeado un individuo,

un *hombre solo por ser hombre*. Entre los griegos, el griego lo es todo; los estrangeros, los bárbaros, no son nada; en Roma, el título de ciudadano romano, hace al hombre; quien carece de este título, no es nada. En los países cristianos, si nace una criatura deforme, ó privada de algun miembro, escita la compasion, es objeto de mas tierna solicitud, bástale para ello ser hombre, y sobre todo, hombre desgraciado; entre los antiguos era mirada esa criatura como cosa inútil, despreciable, y en ciertas ciudades, como por ejemplo en Lacedemonia, estaba prohibido alimentarla, y por orden de los magistrados encargados de la policia de los nacimientos ¡horror causa decirlo! era arrojada á una sima. Era un hombre; pero esto ¿qué importaba? era un hombre que para nada podia servir, y una sociedad sin entrañas, no queria imponerse la carga de mantenerle. (Léase á Platon *15 de Rep.*) á Aristóteles (*Pol. l. 7, c. 15, 16*), y se verá la horrorosa doctrina que profesaban con respecto al aborto y al infanticidio; se verá los medios crueles que sabian escogitar esos filósofos para precaver el excesivo aumento de la poblacion, se palpará el inmenso progreso que ha hecho la sociedad bajo la influencia del Cristianismo, en todo lo que dice relacion al hombre.

Los juegos públicos, esas horrendas escenas en que morian á centenares los hombres, para divertir á un concurso desnaturalizado, ¿no son un elocuente testimonio de cuán en poco era tenido el hombre, pues que tan bárbaramente se le sacrificaba por motivos los mas livianos?

El derecho del mas fuerte estaba terriblemente practicado por los antiguos, y esta es una de las causas á que debe atribuirse esa absorcion, por decirlo así, en que vemos al individuo con respecto á la sociedad. La sociedad era fuerte, el individuo era débil; y así la sociedad absorvia al individuo, se arrogaba sobre él cuantos derechos puedan imaginarse; y si alguna vez servia de embarazo, podia estar seguro de ser aplastado con mano de hierro. Al leer el modo con que esplica M. Guizot esta particularidad de las civilizaciones antiguas, no parece sino que en ellas habia un patriotismo desconocido entre nosotros, patriotismo que llevado hasta la exageracion, y no andando acompañado del sentimiento de independencia personal, producía esa especie de absorcion individual, ese anonadamiento del individuo en presencia de la sociedad. Si hubiese reflexionado mas á fondo sobre esta materia